

—Explícame el motivo. En verdad nada entiendo.

—Luego te lo diré; pero calla, por Dios. Y extendió la mano en actitud imperativa, que me redujo al silencio.

Así pudimos oír que la ruidosa pareja siguió avanzando por la galería, y que al fin se detuvo no muy lejos de nosotros, y se instaló en otro gabinete reservado. Hubo ruido de sillas, pasos precipitados de mozos, y órdenes dadas sobre consumos. Todo lo observamos cuidadosamente. Cuando por el rumor de los muebles removidos, se persuadió Eustaquio de que los recién llegados se habían sentado á la mesa, volvió á mí el rostro desenchajado, y me dijo con voz medrosa:

—¿Es Leonor!

—Pero, ¿quién es Leonor? le interrogué perplejo.

—Leonor Rivera. ¿No la conoces?

—Nunca he oído su nombre.

—Es hija del pobre Jaime Rivera, redactor que fué del "Clamor Nacional."

De pronto no comprendí nada; pero el nombre de aquel diario algo decía á mi memoria. No me era desconocido el título. ¿Cuándo le había oído? Poco á poco, del nimbo de las cosas olvidadas fué destacándose un recuerdo.

—¿El que murió en el duelo con el doctor Zermeño?

—Sí, articuló Eustaquio consternado; el 24 de diciembre de 1875, á las seis y cuarto de la mañana.

—Pero, ¿qué tiene que ver ese hecho con la perturbación que manifiestas?

—Ahora lo verás; voy á explicártelo. La mejor manera de contestar tu pregunta, es referirte los antecedentes y pormenores de ese duelo.

Eustaquio tomó de prisa algunas cucharadas de sopa, como para adquirir fuerzas que le sostuviesen durante el relato; apuró un vaso de burdeos como para recobrar el ánimo, y dió principio á su narración.

II

EL CUARTO PODER

Debo explicarte, ante todo, díjome, que por una circunstancia que luego te diré, soy poseedor de las notas escritas por Jaime Rivera sobre este asunto, hasta momentos antes de salir para el terreno del honor. Por eso conozco perfectamente todos los hechos, aun los más recónditos que con el suceso se relacionan. Varios de ellos pasaron á mi vista; en algunos

fui actor; ¡ojalá no lo hubiera sido! Y todos me han dejado hondas y dolorosas memorias.

Jaime era un buen chico, de esos á quienes solemos dar en sociedad el nombre de excelentes sujetos. No tenía gran talento ni gran instrucción, era mediano en todo; pero á fuerza de escribir diariamente y de batallar con editores, cajistas, correctores y prensistas, había acabado por ser un gacetillero verdaderamente útil. Cumplido como un sajón, exacto como un cronómetro, é incansable como una máquina, era en su género una verdadera precea, que se disputaban los dueños de los diarios más célebres. En aquellos tiempos en que no era conocido el reportaje, podía ser considerado Rivera desde el doble punto de vista de colector de noticias y de gacetillero, lo que daba un alto precio á sus servicios. Al dejar la mesa de redacción, bien entrada ya la noche, se iba por esos mundos solo ó en compañía de su esposa en busca de nuevas, rumores y cuchicheos, que almacenaba en la memoria con seguridad asombrosa. Al día siguiente, deslizábase su pluma relatando y poniendo en orden todas esas especies, bien preparadas y sazonadas con títulos intencionados, con

preámbulos aperitivos y con comentarios de "primo cartello."

De esta suerte, mediante un trabajo asiduo y una labor agobiadora, había logrado Rivera hacerse pagar un sueldo mensual de cien duros—cosa inaudita en aquella edad— con los cuales vivía algo menos que medianamente en compañía de su esposa Juana y de su hija Leonor, niña de pecho en la época á que aludo. Jaime, en realidad, era un bohemio. Nunca supo administrar sus fondos, ni dominar sus aficiones, ni medir sus desembolsos. No bien recibía el semanario de veinticinco duros, se iba por las tiendas de ropa ó de ultramarinos comprando telas, cintas y encajes, ó conservas alimenticias, botellas de vino y confituras con que regalar á su adorada familia. Juana, que era prudente, aunque le agradecía las finezas, se llenaba de pena pensando que nada se abonaba á las deudas contraídas, que había que pagar intereses, y que el semanario mermadísimo que llegaba á sus manos, no bastaría para los gastos de los siete días que quedaban en perspectiva antes de un nuevo pago. Pero Jaime no pudo entender nunca tales advertencias, y acostumbraba contestar á su consorte, cuando se las hacía, que no se apenara por tan poca cosa; que él estaba joven, y que así seguirían viviendo hasta que Dios

fuese servido, como habían vivido ya los dos años que llevaban de matrimonio, durante los cuales, y bajo aquel mismo régimen, habían podido pasarla sin que les faltara casa que habitar, sustento sobrado y trajes decentes con qué cubrirse... ¡Y nada, que no entendía de razones ni oía por ese lado! En vista de lo cual, Juana desalentada, casi no luchaba ya. El ejercicio fiscal del matrimonio, entretanto, andaba siempre desnivelado, con los egresos superando á los ingresos, con cargo de intereses ruinosísimos y sin esperanza de poder llevar á cabo una conversión, obligando á los acreedores á sujetarse á réditos menores y á perder sus derechos en caso de no ajustarse á estos ó aquellos requisitos, como lo hacen los Estados más respetables.

A Jaime, por fortuna, no se le daba un ardite de aquella balumba de dificultades. Amaba á su mujer como Romeo á Julieta y tenía una verdadera adoración por su pequeña Leonor. Nada le importaba el porvenir; estaba seguro de que nunca le faltarían medios para ganarse el sustento.

Era yo concurrente asiduo á la redacción del "Clamor Nacional," y me trataba mano á mano con sus redactores, que eran, aparte de Rivera, tres literatos de gran fuste; Blas Gómez, Liberato Ma-

drigal y Tiburcio Ros. Parece que los veo: eran jóvenes todos, entre los veinte y los treinta años, muy instruídos y llenos de suficiencia. El que descollaba más en el grupo era Gómez, quien escribía editoriales incendiarios haciendo uso del lenguaje de un revolucionario francés. Estaba muy familiarizado con la lectura del "Libro de los Oradores" de Cormenin, y tengo para mí que se juzgaba á veces un Mirabeau, otras un Danton, otras un Odillon Barrot; con la única diferencia de que, en vez de pronunciar sus discursos, los escribía. Liberato Madrigal atacaba las cuestiones financieras al estilo de entonces. Toda su teoría estribaba en echar en cara al gobierno sus gastos inútiles y sus enormes dispendios. Sostenía que los diputados no merecían ganar una peseta, porque eran unos holgazanes; que se debían suprimir los escribientes en las oficinas; y que los sueldos de todos los funcionarios y empleados públicos, del Presidente abajo, eran por todo extremo exagerados. Su tema constante era "¡economías!" "¡economías!" "¡economías!" y no salía de él para nada. Tiburcio Ros era crítico de arte. Tenía tarjeta de favor para entrar gratis en los teatros y se paseaba frecuentemente por la Academia de San Carlos, examinando los cuadros de Juárez, Alcívar, Clavé y otros maestros,

como si entendiérase de pintura. Escribía juicios críticos de dramas, óperas y tragedias; lanzaba fallos olímpicos sobre autores y actores y proclamaba en voz alta que su misión era sagrada—un verdadero sacerdocio.

“El Clamor” era periódico de oposición rabiosa, por de contado. Nada bueno hacía, en su concepto, el gobierno establecido; ni en lo legislativo, ni en lo gubernativo, ni en lo judicial: era el peor de todos los que habían surgido en nuestra historia. Todo era pésimo en derredor: el país caminaba á su ruina; habían llegado los instantes supremos; los patriotas estaban en el deber de agotar sus esfuerzos para salvar la cosa pública. “¡Ahora ó nunca!” gritaba, dando á entender que otra revolución era indispensable.

El elemento oficial no se dormía, entretanto, sobre las pajas. Tenía periódicos subvencionados que le defendían á capa y espada, y briosos escritores que sostenían todos sus actos. Según ellos, jamás había errado en nada la pública administración: eran salvadoras sus medidas, sapientísimas sus leyes y acertadísimos los fallos de sus tribunales. Y, por decirlo de una vez, la oposición, en su concepto, era un “pandemonium” de ambiciosos sin prestigio, intrigantes sin fe y canalla revoltosa formada por la escoria del pueblo,

El resultado de tan opuestos é irritantes escritos, fué, como es fácil comprender, que los redactores de uno y otro bando se pusieran como chupa de dómine á sarcasmos, dicerios é ironías; de tal suerte, que aquella contienda degeneró bien pronto en disputa personal y escandalosa. El público, que nunca pierde el instinto feroz, tomaba grande interés en esos torneos periodísticos, husmeando con delectación algún lance entre escritores; y tanto alentaba á los unos como á los otros, comprando de preferencia los papeles que contenían mayores diatribas y aplaudiendo en cafés y corrillos la energía de lenguaje y el denuedo de los periodistas. Estos entretanto, como los gladiadores antiguos, admitían orgullosos servir de espectáculo á los desocupados, y se mostraban dispuestos á hacerse añicos por obtener el aplauso de los suscritores. ¡Ave, César!

Jaime tomaba muy débil parte en la discusión, entregado al “noticierismo” en cuerpo y alma; así que á él no le tocaban las sátiras y pullas de los ministeriales.

Desgraciadamente, el impetuoso Blas Gómez trabó desde las columnas del “Clamor,” una polémica furibunda con el “Paladín,” órgano semioficial, según en público se decía, del Ministerio de la Guerra, redactado por el doctor Zermé-

ño, médico de aspecto desmedrado, pero de recia pluma, que arrancaba girones de piel y pedazos de carne día á día á los enemigos del orden establecido. Comprometidos en lucha descomunal Gómez y Zermeno, no tardó éste en zaherir cruelmente al editorialista del "Clamor," quien contestaba sus dicerios con cierta prudente reserva, so pretexto del respeto debido al público, de la incongruencia de las injurias con la sana razón y de una á modo de superioridad innata que se atribuía, y que le alzaba cien codos sobre las ofensas que se le dirigían. Zermeno se burlaba de él y lo desollaba vivo dos ó tres veces por semana.

Así las cosas, un día apareció en la gaceta del "Clamor," un suelto enconadísimo contra Zermeno. Llamábasele en él mediquillo de tres al cuarto, matasanos y otras cosas capaces de sulfurar á la estatua de la resignación. Rivera, al leerlo, quedó consternado. ¿Quién era el autor de aquel párrafo? El no lo había escrito, ni lo había hallado en la plana donde apareció después, al corregir las pruebas últimas del periódico. Interrogó indignado á los cajistas, y supo por ellos que Gómez los había obligado á última hora á suprimir uno de los sueltos de la plana ya formada, para substituirlo con aquel párrafo atroz.

Jaime echó en cara al editorialista su mal proceder, y le declaró paladinamente que no estaba dispuesto á cargar con responsabilidades ajenas, ni quería servir de parapeto para que manos extrañas asestasen tiros contra enemigos que no lo eran suyos. A lo que repuso el imperioso Blas Gómez, que no había menester que nadie le ayudase á salir de apuros, ni llamaba á persona alguna en su propio auxilio; que lo que había hecho era tan sólo valerse de un ardid estratégico para que la actitud del "Clamor" fuera homogénea, ya que Rivera se desentendía de cumplir sus deberes de opositorista; y que no sufriera pena por lo ocurrido, pues él sabría cumplir con sus deberes de caballero proclamando ser el autor del escrito, siempre que fuese necesario.

Tranquilo un tanto Rivera con aquella protesta, se limitó á prevenir al editorialista que no volviese á invadir sus terrenos, lo que éste le ofreció de mala gana.

Casi olvidado tenía Jaime el incidente, cuando al recorrer la prensa á la mañana del siguiente día, sentado ante su mesa de redacción, tropezaron sus ojos con un entrefilet del "Paladín," que le iba dirigido.

—Voy á procurar—advirtió Eustaquio—recordar textualmente lo que decía el "entrefilet."—Y meditó un poco.

—Estaba concebido—prosiguió—en los siguientes términos:

“El Clamor Nacional” ha resuelto desencadenar contra nosotros toda una trahilla de perros hidrófobos. Los primeros ladridos salieron de la sección editorial; ahora brotan de la gacetilla. Sólo que más bajos y viles que los que lanzaba el famoso don Blas; pero no estamos por el capítulo de permitir que los reptiles nos ensucien con su baba asquerosa. Preferimos el bulldog de los editoriales al falderillo de la gacetilla. Contra el primero empleáramos el bastón; contra el segundo la punta de la bota. Sépalo el imbécil.”

—Al leer aquellas líneas crueles—continuó Alcázar—quedó Jaime como fuera de sí. Se le figuró que de improviso se abría ante sus ojos una boca grande y oscura que le atraía; sintió como un vértigo y circuló por sus nervios una corriente de indignación. Nunca había sido tratado con tanta grosería. Bien se veía que Zermeño no tenía para él más que desprecio.

Dejó su mesa y fue en busca de Gómez á quien mostró el entrefilet con mano trémula. Leyólo el editorialista y sintió ufano por verse tratado de bulldog en vez de falderillo, y amenazado con el bastón y no con la punta de la bota; casi se reconcilió “in petto” con Zermeño,

que tenía para él tan discretas atenciones. A pesar de todo, protestó que cumpliría lo ofrecido, y que declararía en el próximo número del periódico haber sido él quien había escrito el suelto origen del disgusto. Rivera, muy excitado, le echó en cara haber dado motivo á que le maltratase tan cruelmente el “Paladín”; Gómez repuso que no podía pedirle más de lo que estaba dispuesto á hacer, y que él no tenía la culpa de que, con aquel motivo, hubiese revelado Zermeño la desfavorable opinión que tenía de Jaime. Al ruido del altercado, acudieron el economista Madrigal, y el esteta Ros, quienes, impuestos del caso, y habiendo leído el entrefilet del “Paladín,” declararon uniformes que las cosas no quedarían bien arregladas como Gómez lo proponía y Rivera lo aceptaba.

En su concepto, Gómez había hecho muy mal en invadir la gacetilla para atacar á Zermeño, y cumplía el más estricto de los deberes al ofrecer aclarar la verdad de lo sucedido haciendo suya toda la responsabilidad del primer suelto; pero lo cierto era que el entrefilet estaba concebido en términos tan directamente injuriosos contra Rivera, que éste no podía quedar á salvo de sus dardos envenenados con sólo que la contienda siguiese con Gómez. ¿Cómo podría remediar la

crudeza de la frase la "punta de la bota" la confesión del editorialista? Por consiguiente, era absolutamente preciso para el crédito del "Clamor," que Rivera no hiciese orejas de mercader á los insultos de Zermeño; y aun Madrigal y Ros acabaron á poco por cambiar de parecer resolviendo que lo mejor era que Gómez callase por el momento y fuese Rivera el único que tomase la palabra dejando para más adelante la revelación de la paternidad del párrafo. Bien visto el caso, la cuestión actual, fuese cual fuese su origen, era directa con el gacettillero. A pesar de la ira que embargaba á éste, no se dejó cegar fácilmente por aquellas razones, sino que, atendiendo ante todo á sus propios intereses, exigió al editorialista enérgicamente cumplierse desde luego su deber, declarándose autor del suelto provocativo. En vista de su actitud hubieron de ceder los otros redactores, pero obteniendo de Jaime una especie de transacción: Gómez hablaría, pero también él, porque sería humillante que permaneciese en silencio, después de haber sido tan duramente maltratado. Aceptó Jaime el arreglo. Acto continuo se puso á la obra todo el cuerpo de redactores, para confeccionar los párrafos que deberían aparecer suscritos por los interesados. Se hicieron varios borradores, se discutieron

ideas, frases y palabras, y al fin quedó aprobada la forma definitiva de ellos.

Blas Gómez hablaría de esta manera:

"Cumple á mi deber de hombre honrado declarar que el suelto titulado "Mata-sanos" aparecido en el "Clamor" de antier, fué escrito por mí y no por el gacettillero de este periódico, sobre quien han recaído las consecuencias de aquel escrito, lo que mucho he deplorado. Reconozco el error y presento mis excusas."

A Jaime Rivera se le atribuyó este otro lenguaje:

"Después de la confesión franca de mi estimado compañero de redacción Dcn Blas Gómez, de haber él escrito el párrafo que tanto ha escocido al doctor Zermeño, cualquier persona medianamente decente que se hallase en lugar de éste, se retractaría de las ofensas que por error hubiese dirigido. ¿Lo hará el redactor del Paladín? En realidad, la duda estriba en no saberse si dicho señor es ó no caballero...."

Rivera objetó las dos redacciones. Las excusas presentadas por Gómez le oían á satisfacción anticipada á Zermeño; y la duda que se atribuía á él, Rivera, sobre la caballerosidad del doctor, le parecía sumamente injuriosa. Pero á todo eso se le contestó: que la satisfacción de Gómez no iba dirigida á Zermeño, pues eso ¡nur-

ca), sino al gacetillero, como claramente se veía por el enlace de las frases, y que sólo quien no supiese leer no lo comprendería; y que la duda sobre la honorabilidad del editorialista del "Paladín" no era una injuria declarada, (pues no se afirmaba rotundamente que Zermeño careciese de caballeridad), sino un simple alfilerazo que se le daba en cambio de sus sangrientas provocaciones; que algo tenía que hacer Jaime para no quedar en evidencia ante el público, y que esto era lo menos de que podía echar mano en concepto del cuerpo de redactores; pero que si tenía miedo hasta de aquello, que lo suprimiese en buena hora, pues sus compañeros de tareas no se empeñaban en que lo llevase á cabo sólo porque á ellos les pareciese bien, y se limitaban á dar su opinión sobre el asunto, como amigos del ofendido é interesados en el buen nombre y en la aceptación del "Clamor Nacional."

Rivera se dejó persuadir por aquellos razonamientos, porque necesitaba saciar su rencor de alguna manera. No era cosa para echarse en olvido tan fácilmente, cuanto Zermeño con tan grande altanería y en público le había dicho. Así es que á la mañana siguiente aparecieron ambos párrafos en el periódico.

No se hizo esperar la respuesta del an-

tagonista. Al tercer día fué consignada en el "Paladín" y venía concebida en los siguientes términos:

"Con inaudito cinismo ha confesado el famoso Don Blas habernos injuriado desde las emboscadas de la gacetilla del "Clamor;" pero, supuesto que se muestra arrepentido de su villanía, y que nos lo dice antes de que se lo preguntemos, nada tenemos que hacer con él por ahora, sino dejarle entregado á su propio bochorno. Por lo que respecta á don Jaime Rivera, gacetillero del mismo diario, no tendríamos embarazo en darle una satisfacción cumplida por nuestros ataques, supuesto que no ha sido él nuestro agresor, á lo ser por la perversa reticencia con que pone en duda nuestra caballeridad. Si él nos da explicaciones sobre esto, no iremos á la zaga de su generosidad; si mantiene la ofensa, sabremos tomar una determinación digna del "Paladín."

La lectura de estas líneas produjo efectos diversos en la redacción del "Clamor." Blas Gómez declaró que el asunto que le atañía debía darse por terminado, supuesto que Zermeño, aunque procuraba zaherirle, no igualaba con su lenguaje la violencia del párrafo titulado "Matasanos," de suerte que en el juego era aquel quien había salido perdiendo; y supuesto también que el mismo adversario no que-

ría continuar con el editorialista la empezada polémica.

Rivera no opinó así, llamando la atención sobre que Zerméño pretendía haber recibido una satisfacción embozada; pero Madrigal y Ros sostuvieron que Zerméño se salía por la tangente, y que era palpable rehuía continuar la cuestión con Gómez. De suerte que quien quedaba en ridículo era Zerméño.

Por lo que hacía á sus propias dificultades con el mismo doctor, Rivera no vacilaba. Ya que Zerméño se daba á partido y ofrecía una satisfacción en el caso de que Rivera explicase el punto indicado, era lógico tranquilizarle á este respecto para cerrar de una vez la discusión. Pero los otros redactores no estuvieron conformes con su modo de raciocinar. Pues qué ¿no valía nada el sangriento desprecio con que Rivera había sido tratado? ¿No era lógico cobrar por él algún desquite? ¿Qué valían las palabras embozadas de Rivera, junto á las rudas, claras y terminantes del "Paladín?" Por otra parte, ser el primero en parlamentar, sería bajo é indigno, y dejaría por los suelos el nombre del "Clamor." En realidad, era evidente que Zerméño contemporizaba, lo que demostraba que no era tan bravo el león como lo pintaban. Así que opinaron en coro que lo mejor que Rivera debería

hacer, era no hacer nada. De esta suerte quedaría dudoso el desenlace, y aun era probable que el público opinase que el campo había quedado por el "Clamor," esto es, por Rivera.

Nunca había pensado Jaime en famas bélicas, ni le habían importado un comino las valentías, pues era manso de carácter, servicial y bondadoso; pero viéndose en ocasión de convertirse en héroe con tanta facilidad—pues se le aseguraba que el episodio no pasaría de allí—aceptó el consejo de sus compañeros, y se propuso guardar un silencio fiero y épico frente al enemigo. Así lo hizo en efecto. Dando impulso á su vena espontánea, continuó ocupándose en la gacetilla de la crónica de la ciudad, sin volver á traer á colación el nombre del doctor Zerméño.

III

EL RETO

Pasaron varios días de armisticio, durante los cuales no hubo invectivas ni denuestos del "Paladín." Al fin, bajo el título "Estamos esperando," apareció en ese papel un suelto en que decía el edi-